



NUM. 12.

MADRID, 30 DE JUNIO DE 1857.

AÑO I.

DESCUBRIMIENTO Y PASO

DEL CABO DE BUENA ESPERANZA.

I.



¡ grandes y extraordinarias empresas registra la historia, en que dé algún pueblo repetidas pruebas de valor y constancia, preferente lugar ocupa entre ellas la que sirve de título y asunto al presente y desautorizado artículo.

Cabe á Portugal, y exclusivamente á Portugal, la indisputable gloria de haber acometido y llevado á cabo tan colosal empresa: solo y sin auxilio alguno extraño, ese pueblo hermano nuestro, luchó con los elementos, con las tempestades, con la escasez de recursos, con la ignorancia de la época, con los mil peligros y contratiempos que le salieron al paso, con cuanto la naturaleza y la humanidad pueden oponer de insuperable y enojoso á la tenaz voluntad del genio; y solo *tambien* y sin socorro de nadie, despues de *setenta y ocho años* de afanes y sufrimientos, vió coronada su obra con el éxito mas feliz.

Enarrar sumariamente esa larga y penosa cruzada; recorrer esos *setenta y ocho años* de un trabajo porfiado y lento, cuanto heroico y sembrado de peregrinas aventuras; seguir el descubrimiento paso á paso, enaltecer á los navegantes uno por uno, hé aquí la tarea que nos proponemos llenar. La historia, que no puede menos de ver estos sucesos *al por mayor* (y permítasenos la frase), se contenta casi siempre con citar á Bartolomé Díaz y

Vasco de Gama, como autores y triunfadores de ese poema de un siglo; y la poesía, la musa del Tajo, la lira de Camoens, ha acumulado sobre el último y el mas feliz de aquel millar de héroes y aventureros, toda la prez del resultado. Hacer justicia á los humildes; redimir del olvido á algunos parias de la historia; rebajar la importancia monopolizadora de algunos nombres; levantando hasta ellos el nivel de toda una generacion que no les cedia en fe, tenacidad y denuedo; tal es la filosofía de nuestra tarea. No hemos podido ver con paciencia que hasta la historia y la poesía (reflejos al fin del hombre), han sido idólatras en esta como en innumerables ocasiones, y hemos cogido la pluma, movidos mas que todo por nuestros indignados instintos de iconoclasta. La epopeya no es la fórmula del siglo XIX.

II.

Sabido es que un error de cálculo llevó á Colon á descubrir el Nuevo Mundo, del cual ni aun sospechaba la existencia. Colon, en su fe ciega por la teoría de que la tierra era redonda, buscaba las costas orientales de la India en los límites occidentales del Océano Atlántico. Ahora bien, la idea de encontrar un camino marítimo para la India, no nació con el marino genovés, sino que venia ya de muy antiguo, y estaba encarnada, por decirlo así, en todos los matemáticos del siglo XV.

La India, cuna quizá de la civilizacion del Orbe, no conocida por las naciones de Occidente hasta los tiempos de Alejandro, que la invadió por tierra al prolongarse sus conquistas de la Asiria y de la Persia, escitó siempre la codicia de la Europa, que encontraba en ella cuanto la naturaleza ha producido de mas rico, de mas útil, de mas esplendoroso. Diamantes, perlas, coral, oro, marfil, telas esquisitas, delicadas especias, vistosos tintes, plumas, pieles, medicamentos, ricas maderas, sabrosos frutos, todo lo prodigaba esta parte privilegiada de la tierra, todo estaba allí al alcance de la mano, todo ofrecía esplendor á los monarcas, adelanto á las ciencias, ganancias fabulosas al comercio, campo ilimitado á la industria y á la curiosidad.

Pero el grande inconveniente para la adquisicion de estos tesoros, lo que limitaba su goce á los poderosos de la tierra, lo que hacia renunciar á la generalidad de los comerciantes á las ventajas inmensas de este tráfico era la manera incómoda, peligrosa y costosísima como tenían que hacerse forzosamente los viajes á aquella region de las *Mil y una noches*.

Estos podian ser de dos maneras. Por tierra; siguiendo los caminos que la experiencia habia enseñado como mas cortos y seguros, pues la geografía no habia determinado aun ni remotamente la estension y los límites de aquellas naciones; y por mar; del mismo modo que hoy se hacen por el istmo de Suez.

Las dificultades de cualquiera de estos dos sistemas eran infinitas. Haciendo el viaje por tierra, en mulas, caballos ó asnos, único medio de que entonces podian disponer los expedicionarios, tenían esios que atravesar los montes mayores del continente: ya los Alpes, ya los Carpacios; unos los Urales, otros el Cáucaso, y casi todos las cordilleras gigantescas del Thibet. En estas peregrinaciones de ochocientas, de mil y de mas leguas, al través de tantos pueblos bárbaros, habrá que luchar con la falta de caminos, con la falta de agua, con los bandidos y con las fieras. La imaginacion se espanta á la mera enunciacion de tantos contratiempos! Haciendo el viaje por mar, era preciso cruzar el Mediterráneo hasta el Cairo, dejar allí las naves, pasar á pié el istmo, disponer de otras naves en Suez, é ir luego costeando por los tempestuosos litorales del golfo Arábigo y del golfo Pérsico, que no osaban perder de vista, temerosos de estraviarse en el vasto Océano Indico que les era desconocido. De vuelta con las mercancías, érales necesario al llegar al istmo, vencer las mismas dificultades, mayores entonces por tener que trasportar el cargamento en caballerías al través de un desierto de veinte leguas, lo que daba por resultado que el comercio se hacia al por menor, ó sea acarreando escasa cantidad de géneros, y con todos los gastos y mayores riesgos que hoy lo hace la mas importante compañía inglesa. Desaparecian pues, por ambos medios todas las ventajas materiales del tráfico de Europa con la India. Uno era por consiguiente, el problema que se agitaba en la cabeza de los geógrafos y de los viajeros: romper el istmo de Suez ó hallar otro camino marítimo para el Oriente.

III.

De la ruptura del istmo de Suez, dorado sueño en la antigüedad y en nuestros dias de cuantos cruzan la estension de los mares, no creemos oportuno ocuparnos en esta memoria: solo consignaremos que durante el siglo XV, época de Titanes, en que se acometieron las mas temerarias empresas, y se dió por primera vez la vuelta al globo, arrancando al Océano sus mas grandes secretos, no cruzó esta idea por ninguna imaginacion, ó si cruzó fue rechazada como un absurdo.

No decimos con esto, ni dejamos de decir tampoco, que semejante proyecto sea temerario ó irrealizable: aquí solo nos toca hablar de lo que se hizo entonces por los valerosos portugueses.

IV.

Muchos años antes del nacimiento de Cristóbal Colón, que debía buscar mas tarde el camino marítimo de la India navegando hacia el Occidente, surgió en la mente de un joven sin gloria, príncipe sin porvenir, hijo quinto de un rey de la cristiandad, la idea de encontrar aquel camino navegando hacia el Mediodía. ¡Sublime coincidencia! Uno y otro acertaron en sus cálculos; uno y otro encontraron un camino marítimo para la India, y con pocos años de diferencia, casi al mismo tiempo, cuando ya habían muerto aquellos dos ilustres sabios, entraban en el Océano Índico, el barco de Magallanes por la parte de Oceanía, y el buque de Vasco de Gama por la parte de Madagascar. Pero no adelantemos los sucesos.

V.

DON ENRIQUE DE PORTUGAL, duque de Viseo, llamado el *navegante*, nació en 1394. Era el quinto de los hijos legítimos de don Juan I, por lo que desesperado de ocupar el trono, pensó en labrarse por sí mismo un lugar honroso en su siglo y un nombre en la posteridad. Desde sus mas tiernos años descoló en él una vehemente afición á la náutica, á los viajes y á la astronomía, y así es que á los veinte y cinco años abandonó las cosas de la guerra, en que había dado pruebas de un valor indómito, como gobernador de Ceuta que había sido en tiempo de luchas con los rifeños, y se retiró á los Algarbes, donde cerca del cabo de San Vicente, extremo occidental de Europa, en un sitio próximo á Sagres, fundó una villa que llamó *Terra naval*, y que después llevó el nombre de *villa del Infante*. Allí, rodeado de los marinos y viajeros mas célebres de la época, entregóse al estudio con tal afán y tanto provecho, que muchos le tuvieron por el primer sabio de su siglo, y hasta hay quien le cree inventor del astrolabio, atribuido por otros á Martin de Bohemia.

Pero el gran pensamiento que ocupó siempre su imaginación, y al que consagró toda su vida, fue descubrir el límite meridional de Africa, y hallar por él camino para las regiones misteriosas visitadas por Alejandro. La grandeza de esta idea no puede comprenderse hoy sin tener en consideración que se oponía á los conocimientos de aquel tiempo, en que los mismos sabios aseguraban que el Africa no tenía término al Mediodía. De las dos mil ó mas leguas que tiene de estension el litoral de aquel continente por la parte que toca al Atlántico, apenas se conocían doscientas, y en cuanto á lo demás, la tradición de algunos viajeros llevados mas lejos por los temporales, sostenían que aquella costa se dilataba hasta el infinito, completamente deshabitada, afligida por un sol insoportable é inaccesible por lo tanto al hombre. Erase el tiempo en que seguía válida la especie de San Agustín y de otros varones respetabilísimos, sobre que ni había antípodas, ni era posible navegar hacia el Sur, donde colocaban la *Mesa del sol*, hoy llamada *Zona tórrida*, muy semejante segun ellos, á un horno encendido, ó á las cavernas mas horribles del infierno; especie que por otra parte, contaba siglos y siglos de antigüedad, pues viene á ser una variante de la idea que se da sobre la figura de la tierra en los famosos *Vedas* de la India.

Pero don Enrique, á pesar de no existir aun la imprenta, consiguió hacerse de las obras mas acabadas sobre geografía y viajes, que había legado á la edad media la civilización del mundo antiguo, y leyéndolas y reflexionando sobre sus páginas, dió con el absurdo palmario de la opinión entonces dominante sobre la forma de nuestro planeta.

Leyendo las historias griegas y romanas, vería que saliendo Menelao, después del sitio de Troya, por el estrecho de Gibraltar, entonces de Hércules, navegó tanto por el Océano Atlántico, que sin apartarse nunca del litoral de Africa, llegó á ver salir el sol á su derecha, encontrándose al poco tiempo en el mar Rojo, prueba evidente de que había dado la vuelta al continente africano.

En los escritos de Pomponio Mela, hallaría el infante que Hannon el I, capitán cartaginés, partió desde Cádiz, por orden del Senado, con sesenta pentecontorios (navíos de cincuenta remos), á poblar las ciudades fenicias que se asentaban donde hoy el reino de Marruecos, y que bajó tanto por el Océano, que llegó un día en que los cuerpos de los marineros no trazaron otra sombra sobre cubierta que una línea de pié á pié, á la hora en que el sol se hallaba en el meridiano, prueba evidente de que se hallaban en la zona tórrida, y de que los habitantes de las zonas templadas podían soportar los rayos perpendiculares del sol.

Vería en Herodoto, quien tenía al Africa por una península del Asia, que Jerjes envió un marino, llamado Setaspes, á que reconociese las costas occidentales de la Libia, y que cansado este de ver siempre lo mismo después de muchas semanas de navegación, faltó de víveres, y desesperanzado de hallarle fin á aquel litoral

inmenso, tornó á Egipto, asegurando haber descubierto mas de setecientas leguas de costa.

En una historia de la misma nación, vería que dos siglos antes de Jesucristo, hubo un navegante llamado Eudoxio de Cyzico, quien sospechando tambien que el Océano rodeaba á Africa, pidió á Tolomeo Evergetes II una armada para efectuar aquella prodigiosa vuelta. Bien es cierto que Estrabon afirma que Tolomeo no accedió á su demanda; pero en cambio otros historiadores dicen que llevó á cabo su proyecto.

Pero la prueba mas irresistible, la que hacia aferrarse á don Enrique en sus conjeturas, era que ese mismo Estrabon consigna en una de sus obras que Tiberio Nerón encontró en el golfo de Arabia, ó sea mar Rojo, unos restos de naves españolas. Ahora bien: si el Africano tenía límites al Sur, ¿por qué mares habían ido hasta allí unas embarcaciones que procedían del extremo occidental de Europa?

Hoy se hubiera podido contestar á aquel ilustre pensador con el cabo Norte de Laponia, los mares samoyedos, el estrecho de Behring, el Océano Pacífico y el mar de las Indias, camino que bien pudieron seguir aquellas naves en alas de la tormenta... pero ¡ah! que esas extensiones del mar y de la tierra estaban aun sumergidas en las tinieblas de la noche á los ojos de la Europa, lo mismo que el Africa, la América y la Oceanía!

Finalmente en las obras de un rabino navarro, llamado Benjanin de Tudela, que viajó por la Guinea mucho tiempo, en los escritos del célebre baron normando Juan de Bethencourt, en Eratostenes, sabio geógrafo, famoso por sus mapas, en Geminio, en Polibio y otros historiadores de la antigüedad, encontraría indicios de la existencia del paso para la India que se había propuesto buscar: ello es, que nutrido de todas esas historias, compulsó, tradujo, adivinó, y de todo este trabajo inmenso resultó en él una fe ciega, un firme convencimiento, una voluntad irresistible.

VI.

En su virtud; á principios del año de 1419 equipó una pequeña armada, que se dió á la vela, para el Mediodía resuelto á no volver á Portugal ó á doblar el temido cabo *Non*; situado en frente de las Canarias y llamado así porque hasta entonces nadie había conseguido pasarle á causa de los bajos que le cercan. Era, pues, este cabo lo último que se había descubierto de aquella costa.

Pero los valientes portugueses, animados de la misma fe que poseía don Enrique, tomaron una peligrosa y suprema resolución: apartáronse de tierra hasta perderla de vista; siguieron luego su rumbo al Sur, y cuando calcularon que el cabo habría quedado atrás, se aproximaron de nuevo al Africa. En efecto, habían triunfado, y se hallaban cincuenta leguas mas abajo del inexorable *Non*.

Llenos de alegría regresaron á Portugal y participaron al príncipe tan venturosa nueva. Este dispuso sin pérdida de tiempo otra expedición, en que adelantaron, veinte leguas mas; pero les sobrevino una calma y faltos de víveres, tornaron nuevamente á su patria.

Entonces el príncipe, entusiasmado con estos descubrimientos, confió (1420) una fuerte nave á Juan Gonzalez Zarco, que pasaba por muy experimentado marino. Una deshecha borrasca apartó al nuevo expedicionario del litoral de Africa, arrojándole en medio de aquel mar desconocido que se perdía en Occidente; pero ni así fue estéril este viaje; pues cuando se aquietó la tormenta, Zarco divisó una isla desierta á la que llamó *Porto-Santo*, y cuyo territorio le cedió don Enrique, para que en union de Bartolomé Trillo y Tristan Bax Tejeira la poblase y diese cultivo. Hicieronlo así, y no pasó mucho tiempo sin que los nuevos colonos divisaran á lo lejos una sombra, como de tierra, á la que aportaron hallándose con otra isla mucho mayor, tambien desierta, pero tan poblada de seculares bosques que la llamaron de *Madera*. Encomendóles tambien el infante su población; y como para labrar algunas tierras pusiesen fuego al enmarañado bosque que la cubría, duró el incendio siete años.

Ardió toda la isla... ¡Asombroso espectáculo ofrecería de noche al navegante aquel faro inmenso, que surgía de entre las olas iluminando y enrojeciendo el cielo y el Océano!—Las cenizas de aquella hoguera de cincuenta leguas de circuito abonaron de tal modo el terreno, que hoy *Madera* es una de las islas mas feraces del mundo.

Tres años después, cuando don Enrique repuso algo sus fondos, equipó una carabela y la confió á un marino natural de Lagos, que unos llaman Gil Yañez, otros Gilianez y otros Gil Anés, el cual descubrió el cabo de *Bojador*, si bien no consiguió pasarlo hasta el año siguiente, que volvió en compañía de Alonso Perez Baldado. Saltaron entonces á tierra en una playa que llamaron de los Rubios, por los muchos peces de este nombre que vieron en ella; pero no encontrando gente, regresaron á Portugal á dar cuenta de todo lo ocurrido.

La muerte de don Juan I suspendió por algunos años estas expediciones; pero en 1435, envió de nuevo el príncipe á Gil Anés y Alonso Perez, quienes esta vez

avanzaron hasta el 21.º latitud N. á cuya altura tomaron tierra. Allí si encontraron naturales del país, aun muy semejantes á los moros de Berbería, y habiendo trabado combate con ellos, salieron mal parados los portugueses. Con este motivo y el de la muerte del rey don Duarte, hermano de don Enrique y sucesor de don Juan I, suspendió el infante unas tentativas que requerían mas hombres y mas recursos de los que él podía suministrar.

Sin embargo, como no le era posible abandonar aquella empresa á que había consagrado toda su inteligencia y toda su vida, en el año de 1441 envió á Antonio Gonzalez y Nuño Tristan á que continuasen los descubrimientos. Marcharon, pues, cada uno en su carabela; y el primero adelantó hasta el cabo que llamó *Caballero*, no pasando el segundo del cabo *Blanco*.

Al año siguiente descubrió Tristan hasta un río que llamó del Oro, por el mucho polvo de este metal que en él había; y aun se dice que vió alguna de las islas de Cabo-Verde.

Ya por este tiempo empezaban á variar de objeto la mayor parte de semejantes escursiones; el comercio y las armas iban entrando por algo en ellas, y los portugueses que las encontraban caballerescas y lucrativas, pidieron y obtuvieron venia del rey para equipar naves y marchar á aquellas regiones á buscar gloria y fortuna.

La mas célebre de estas armadas aventureras, fue una, compuesta de seis carabelas, tripuladas de hidalgos arruinados, la cual marchó al mando de un tal Lazarote. No es de este lugar referir los pormenores de aquella cruzada; pero podemos asegurar que es tarea digna de la pluma de Cervantes.

Mas siguiendo nosotros nuestra enumeracion, diremos que en 1444, Vicente de Lagos y Luis de Cadamostro, noble veneciano, deudo de don Enrique, llegaron al río Gambia, y que en mayo de 1455 partió de nuevo el segundo con el genovés Antonio Noli, en cuyo viaje se hicieron ambos famosos por haber descubierto el archipiélago de Cabo-Verde y explorado la costa africana hasta Cabo-Rojo.

Nuño Tristan hizo otro viaje en 1456 y descubrió el río Grande, situado á los 10.º de latitud N.: desde allí avanzó veinte leguas mas hasta otro río, en cuyas márgenes murió á manos de los naturales del país, por lo que el río tomó su nombre; y en el mismo año Alvaro Fernandez corrió otras veinte leguas de costa hasta llegar al cabo de Santa Ana.

Hélos en el inmenso golfo de Guinea.

Entonces debió de suceder una cosa sobre la cual nada dicen los autores que nos sirven de guía en estos apuntes; pero que conjetura fácilmente la imaginación.

Sabido es que desde el cabo de Santa Ana dejan las costas de Africa de dirigirse al Mediodía, y por espacio de cuatrocientas leguas se estienden hacia el Oriente: es, por lo tanto, muy presumible que los portugueses, siguiendo su cabotage, creyeran haber hallado ya el límite meridional de Africa y esperasen á cada momento ver inclinarse la tierra al Norte, para dar por concluida su tarea.

Cuál debió, pues, de ser su asombro, cuando llegaron al río Manco, en frente de la isla de Fernando Poo, la en que Africa volvía á estenderse al Sur! ¡Cuál debió de ser su desaliento el día que un marino negro, hijo de los desiertos de Benin les dijera que aun les quedaban dos mil cuatrocientas millas para llegar á la estremidad de aquella península gigante, hija predilecta del sol! ¡Y esto, sino volvieron á la antigua idea de que aquel continente no tenía límites!

Nada nos dice la historia acerca de tal cosa: la única prueba que habla de la impresion dolorosa que llevó á todos los corazones aquella ilusion perdida, es la muerte de don Enrique el Navegante, acaecida en 1460.

Al perder la esperanza, perdió la vida: hé aquí el mejor epitafio para ese varon ilustre, honra y gloria del pueblo lusitano.

VII.

BARTOLOMÉ DIAZ.

Pasaron veinte y seis años desde la muerte del infante sin que volviese á pensarse en nuevos descubrimientos... El estado de esta empresa no podia ofrecer mejores esperanzas, puesto que con el último viaje de Diego Cano, resultaba ya que los barcos portugueses se alejaban de Lisboa mil trescientas leguas hacia el Mediodía, esto es, hasta el río Zairo, de modo que habían pasado la línea equinoccial, cosa que se consideraba irrealizable por aquel lado.

Así las cosas, el nuevo rey don Juan II, después de consagrar cinco años á reconocer y explotar las ricas costas de Guinea, y de haber fundado en ellas un puerto, un castillo y una iglesia, que mas tarde debían ser la ciudad llamada la *Mina*, pensó en continuar la interrumpida obra de su ilustre tío don Enrique.

A todo esto, la corona de Portugal había obtenido ya del papa la investidura de todos los descubrimientos hechos y que se hiciesen al Sur del cabo Bojador, dos naciones que fue ratificada sucesivamente por todos los pontífices hasta Sixto IV.

En virtud de estas garantías, llamó el monarca ante sí á un hidalgo de provincia, famoso marino, llamado *Bartolomé Díaz*, y le confió el mando de tres buques que salieron del puerto de Lisboa el día 12 de agosto de 1486, saludados por una inmensa multitud.

Dos de estos buques eran de cincuenta toneladas, y en uno de ellos iba Díaz, como jefe de la expedición; y en el otro iba Juan Infante, célebre marino del rey; en la tercera embarcación, que era mas pequeña, iban los bastimentos.

La navegación se presentó feliz: antes de una semana llegaron á Tenerife, donde hicieron agua; pasaron sin contratiempo el terrible cabo Bojador, y el día 21 de setiembre se encontraron con el sol sobre la línea equinoccial.

Bartolomé Díaz no quiso, como sus predecesores, navegar con las costas á la vista, sino que engolfábase mar adentro, á pesar de las protestas de la tripulación que por un lado temía estraviarse y por otro deseaba observar las rarezas de aquellos países; pero el capitán les consolaba diciéndoles que todo aquello lo habían ya visto otros portugueses; que cuando alcanzasen tierras que nadie hubiera llegado, ya navegarían al cabotaje y verían cosas dignas de ser contadas, siquiera por lo nuevas. Un mes después anclaron en la embocadura del río Zairo, último país visitado por los europeos.

Allí envió Díaz á unos negros del reino del Benin, que le acompañaban como intérpretes, á que se entendieran con los habitantes del Congo, y supo por estos que sus ideas sobre el límite del Africa no carecían de fundamento. Levaron anclas, por consiguiente, mas entusiasmados que nunca, y en pocos días corrieron otras ciento y veinte leguas, tomando fondo casi dos grados al Sur del trópico de Capricornio, es decir, fuera de la zona tórrida, en la embocadura de un río que nombraron de los Elefantes por los muchos que vieron en sus orillas. El comandante saltó entonces á tierra con un marino, á quien quería mucho, y que no era otro que Bartolomé Colon hermano del célebre Cristóbal, que ya recorría la Europa mendigando cuatro tablas y un lienzo á cambio de lo cual prometía un mundo; y habiendo subido las márgenes del citado río, encontraron una media docena de salvajes, negros, desnudos, feísimos y de mas de siete pies de altura, los cuales bogaban tranquilamente en el tronco de un árbol ahuecado al fuego, comiéndose un hipopótamo. Luego que se calmó la mutua sorpresa de aquellos hombres tan distintos entre sí, preguntáronles los dos Bartolomé por medio de los negros que tomaron en el Congo, que quiénes eran, á lo que contestaron que los *kuakua*. Estaban en el país de los hotentotes.

Aquellos gigantes (no tan corpulentos como se les supone), eran tan estúpidos que casi no tenían memoria, desconocían el pudor y hasta carecían de idioma, espresando sus sentimientos con gestos; señas y ahullidos, pero así y todo se consideraban muy mas civilizados que otra nación que dijeron hallarse el Mediodía, compuesta de hombres que vivían en los bosques como las fieras, por lo que les llamaron *Bosgemanes*. El clima era templado y cuando llegaron allá los portugueses, que fue á mediados de octubre, concluía el invierno.

Después de descansar allí algunos días, leváron anclas los atrevidos aventureros y dirigieron las proas al polo meridional.

Pronto perdieron de vista la tierra.... Quizás había terminado ya la costa occidental del Africa!.... Viran á babor para cerciorarse, y el mar les repele. ¡Adelante! dice Díaz: corramos mas hacia el Sur. Pero pronto se apoderan de los barcos unas corrientes tan impetuosas, que era en vano pensar en dominarlas. Arrastrados, arrebataados, girando en diversas direcciones, ya avanzando hacia el Mediodía, ya hacia el Oriente, pasaron tres días y tres noches: la tripulación espantada cree que ha llegado la hora de que Portugal purgue su atrevimiento de un siglo, y que el Océano va á vengarse de cuantos secretos le habían arrancado aquellos impertérritos náuticos.... Al fin, una mañana, el viento y las olas les arrojaron en una bahía baja y arenosa, que denominaron de las *Vacas*.

Habían doblado el cabo tan deseado; habían encontrado el límite de Africa.... pero lo ignoraban todavía.

Continuaron, pues, caminando al Este, siguiendo la inclinación de la costa y esperando á cada momento que esta se dirigiese de nuevo al Sur, como aconteció en el golfo de Guinea. Así llegaron á Lagoa.

Allí se sublevó la tripulación, pidiendo á Díaz que se volviese, pues el barco de las provisiones se había perdido, y ya se encontraban á mas de mil ochocientas leguas de la patria; pero Díaz obtuvo correr otras veinticinco leguas mas, prometiendo que si en aquel espacio no se inclinaba la tierra hacia el Norte, daría por terminada su expedición, y regresaría á Lisboa.

Pocas horas después, la costa de Africa se presentó á los ojos de los portugueses tendida hacia el Norte en toda la extensión que alcanzaba la vista....

—Compañeros, gritó el comandante: ¡hemos triunfado!—Hace tres días que doblamos el último cabo de Africa... ¡á Portugal! ¡á Portugal!

Y recordando que en aquel cabo estuvieron tan espuestos á perecer, llamáronle desde luego el cabo *Tormentario*.

Arribaron entonces á una pequeña isla, que llamaron de Santa Cruz, situada en frente de la Cafrería; y re-

paradas las averías de las naves, y hechas algunas provisiones, levaron anclas, y volviendo las proas hacia el camino que habían traído, emprendieron la vuelta á Portugal, á donde llegaron en diciembre de 1487, diez y siete meses y medio después de su partida.

Inexplicable fue el júbilo del rey, de la corte y de toda la nación, al saber la fausta noticia de que se había encontrado el fin de Africa, y como dijera Díaz que había llamado cabo de las Tormentas á aquel promontorio tan deseado:—*No quiera Dios*, respondió el monarca, *que conserve un nombre de tan mal agüero. Que se le llame Cabo de Buena Esperanza.*

Y dijo esto por la que abrigaba de llegar á la India por aquel camino.

VIII.

VASCO DE GAMA.

Pasaron diez años desde la vuelta de Díaz, sin que el rey de Portugal pensase en la ultimación de aquella extraordinaria empresa: poseído de una extraña preocupación, dedicóse á buscar al *Preste Juan* por la parte de Egipto, y esperando noticias de este fabuloso personaje, pasó el resto de su vida, que tuvo fin en el año de 1495.

Ya había descubierto Colon la América, y solo este estímulo pudo sacar de su apatía al nuevo rey don Manuel el *Grande y el muy feliz*, á quien inutilmente animaba su esposa doña Isabel; (repárese en esta coincidencia), para que mandase una expedición á la India por el *Cabo de Buena Esperanza*.

Decidido al fin el monarca, encomendó la dirección y equipo de la armada á un noble de Synis, llamado *Vasco de Gama*, hombre de unos cuarenta y siete años y marino de gran reputación por su destreza y valor estremado.

Cuatro naves compusieron la nueva expedición. En una iría Gama como comandante, en otra su hermano Pablo, en la tercera, Nicolás Coello, y en la última los bastimentos, al mando de Gonzalo Núñez. El total de la tripulación era de unos ciento ochenta hombres.

De este modo se dieron á la vela en Belen, puerto situado á una legua de Lisboa, el día 8 de julio de 1497.

Por una feliz casualidad poseemos un mapa portugués muy antiguo, obra de un fraile de san Gerónimo, donde está trazada escrupulosamente la ruta que siguieron esta vez los expedicionarios. Auxiliados, pues, de esta importante carta, podemos asegurar lo que tantas dudas ha ofrecido á los diversos autores que tratan de este viaje.

Gama tocó en la isla de la *Madera*, donde apagado el incendio se habían plantado sarmientos de Chipre y echado los fundamentos de algunas poblaciones; luego pasó á tres leguas O. de la isla de Hierro, la mas occidental de las Canarias; detúvose en la de Santiago, que es la principal del archipiélago de Cabo-Verde, y ya no vió tierra hasta llegar á la isla de Santo Tomás. De allí fué siguiendo el mismo rumbo que sus predecesores, cuyos rastros encontró mas de una vez, y aun á muchos de ellos establecidos ya en aquellas privilegiadas regiones. El día 3 de octubre desembarcaron en la bahía de Santa Elena, é hicieron agua en un río que llamaron de Santiago; y habiendo saltado Gama á tierra con el fin de tomar la altura del sol, atacóle una horda de *Bosgemanes*, y salió levemente herido. Quisieron sus compañeros vengar aquella ofensa; pero como el número de los salvajes creciera sin cesar, Gama no quiso entrar en una refriega peligrosa cuando ya se veía á cincuenta leguas del cabo de Buena Esperanza. Leváron, pues, anclas, y siguieron su camino.

Pero si resistencia opuso el terrible Cabo al paso de las primeras naves portuguesas, mayor y mucho mas prolongada fue la lucha que sostuvo con la escuadra de Vasco de Gama. El viento S. E. que reina allí todo el estío, y las corrientes indomables de las olas, con mas una tormenta, magníficamente cantada por Camoëns, parecían cerrar á su osadía las puertas del codiciado Oriente.

Al fin, después de largas horas de agonía, hundiéndose para siempre en los abismos del mar, aquella figura *robusta é valida* de que habla el poeta citado, aquel gigantesco vigía del *Tormentario* colocado por Dios entre ambos hemisferios.

Gama entró en el mar de las Indias.

Cinco días después saludaba el último padron puesto por Bartolomé Díaz en la isla de Santa Cruz. El 25 de diciembre, día de Navidad, pasaron por una hermosa costa que llamaron *Natal*, en recuerdo de la festividad religiosa que celebraba en aquel instante la Iglesia Cristiana, cuyo nombre conserva todavía. Hicieron agua en un río que denominaron del *Cobre*, en cuyas orillas permanecieron hasta el 18 de enero que partieron hacia Mozambique, á donde llegaron el 7 de marzo. Tocaron sucesivamente en Mombasa y Melinda, pero no en Quiloa, por recelar que allí les preparaban una traición. El día 26 de abril, pasaron nuevamente la línea equinoccial, y habiendo tomado la altura del sol como lo hicieron al pasarla por el otro lado del Africa, dedujo Vasco de Gama, que la anchura de esta parte del mundo no escedia por aquella latitud, de unas setecientas leguas: era la primera vez que se hacia este cálculo. Finalmente el día

18 de mayo de 1498, fondeó el buque de Gama delante de la India, á dos leguas de *Calicut*.

La dorada esperanza de don Enrique el *navegante*, se había cumplido treinta y ocho años después de su muerte.

IX.

Vasco de Gama volvió á Portugal, en setiembre del siguiente año, cerca de treinta meses después de su partida.

El rey loco de júbilo, le nombró almirante de aquellos mares; permitiéndole llamarse *don*, y le señaló mil ducados de renta.

Su sucesor don Juan III, le hizo marqués de Vidigueira y virey de la India.

Á Bartolomé Díaz le olvida la historia, prueba evidente de que la corte de Lisboa hizo otro tanto con él.

PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

TEATRO DE SAGUNTO.

Disputaban hace mas de trescientos años el arzobispo de Sevilla don Alonso Manrique y don Antonio Manrique duque de Nájera, sobre saber y averiguar cuál de las dos ciudades Sigüenza ó Murviedro, había sido Numancia; y llevada la disputa ante el tribunal del erudito don Antonio de Guevara, obispo de Mondoñedo; este les contestó entre otras cosas: «si el uno de vosotros no sabe mas de rezar y el otro de pelear, que sabéis de cónicas y historias antiguas, en balde es, el uno arzobispo de Sevilla y el otro duque de Nájera» y les condenó al pago de una buena multa por haber confundido á Numancia con Sagunto, de la cual habla de esta manera:

«El sitio de la ciudad de Sagunto fue cuatro leguas de Valencia, á do es agora Monviedro; y quien dijere que la que agora se llama en Castilla Sigüenza fue en otro tiempo la ciudad de Sagunto, será porque lo soñó, mas no porque lo leyó. Siendo yo inquisidor en Valencia, fui muchas veces á Monviedro, así á visitar á los cristianos, como á bautizar los moros; y vista la aspereza del lugar, la antigüedad de los muros, la grandeza del coliseo, la distancia hasta la mar, la soberbia de los edificios y la monstruosidad de los sepulcros, no hay quien no conozca ser Monviedro la que fue Sagunto, y la que fue Sagunto es agora Monviedro y en los edificios que están allí arruinados, se hallan agora muchas piedras escritas y muchos epitafios antiguos de los Hannones y de los Asdrúbalos que murieron allí sobre el cerco de Sagunto, los cuales fueron dos linajes de Cartago asaz ilustres en sangre y muy nombrados en armas. Cabe Monviedro hay un lugar que se llamaba entonces los Turditanos y se llama agora Torres-Torres; y como estos eran mortales enemigos de los saguntinos, metióse dentro Anibal con ellos, y desde allí combatió y asoló y quemó á Sagunto, sin ser entonces de los romanos socorrida, ni jamás después reedificada»

Por los tiempos en que se tenia esta porfia, sentenciada del modo que va dicho por el obispo de Mondoñedo nacía el historiador Juan de Mariana, el cual refiere que pocos años después de la guerra de Troya, los griegos de Zazinto enviaron una colonia á España, que desembarcando en la parte donde ahora está sentada la ciudad de Valencia, á tres millas de la mar levantaron un pueblo que del nombre de su tierra llamaron Zazinto, de donde vino después el nombre de Sagunto.

Aquel pueblo, de quien los arzobispos y los duques del siglo XVI apenas guardaban memoria, había sido sin embargo uno de los mas notables de España; en cuyos destinos su desgraciada suerte influyó de tal modo, que fue el origen de la segunda guerra púnica.

Fundado por una colonia griega, procedente segun unos directamente de Grecia, y segun otros de Sicilia, se hallaba en un estado el mas floreciente por los años 200 antes de J. C., y á pesar del sitio que le puso Anibal y del incendio á que le condenaron sus naturales, abandonados de Roma su aliada, conserva todavía restos que publican su antigua grandeza y esplendor. Entre ellos se cuentan las ruinas del antiguo teatro y las del circo.

El teatro, cuya vista damos en este número, estaba situado á la falda de un cerro mirando al Oriente en paraje muy acomodado y defendido de los vientos del Sur y del Oeste. Comprendía, como los principales teatros griegos la escena, el proscenio, el postscenio, el púlpito, y la orquesta, y era todo él de piedra azul pequeña, perfectamente unida por las junturas, á escepcion de las gradas, formadas de grandes sillares, segun los vestigios que todavía se observan. Estas eran treinta y tres; las tres primeras estaban destinadas para los senadores; seguían después las de los ancianos, las de los cabelleros mas jóvenes y últimamente las de la plebe; y sobre el pórtico superior había otras cuatro destinadas para las mujeres. Este pórtico comprendía seis puertas á la parte de la gradería y otras tantas á la del monte; y tanto los senadores y caballeros como el pueblo y las mujeres, tenían puertas y escaleras independientes para entrar al teatro.

Todavía hacia los ángulos se conservan vestigios de

arcos, donde estaban las puertas por donde entraban los senadores y caballeros, las interiores, cuadradas, de diez palmos de altura y cinco de ancho, las exteriores, arqueadas, mas altas y mas estrechas.

Este monumento que es la admiración de cuantos le contemplan y tal vez el mas antiguo que en su clase existe en España, pues que cuenta mas de dos mil años de existencia, se hallaria aun en buen estado de conservación si en el año de 1808 no se hubiera destruido su parte superior para fortificar y habilitar el castillo de Murviedro. Abandonado despues completamente, solo en 1842 se destinaron algunos presidiarios para desembarazar las gradas y corredores que aun existen de la tierra que les cubria.

Actualmente la comision de monumentos artisticos, aunque con pocos recursos, cuida de mantenerlo en el mejor estado posible.

Del circo de Sagunto, apenas quedan vestigios: hoy crecen árboles frutales y se estienden cuadros de flores sobre el sitio en otro tiempo destinado á las carreras, y apenas algunos trozos de pared y restos de la *esquina*, muestran que Sagunto poseyó un edificio de este género, que no tenian en su época sino las mas ilustres ciudades.

N. F. CUESTA.

DON FRANCISCO GOYA.

He aquí una de las poderosas individualidades que cuenta en España la historia de la pintura. Nació cuando estaba completamente estinguida nuestra gran generacion de artistas, cuando nuestros reyes se veian obligados á ganar con dádivas y pingües dotaciones á los pintores de otros países, cuando el pincel de Velazquez y Murillo habia caido en manos tan poco afortunadas como la de los Menendez. Solo, sin maestros, sin mas luz que la de su ingenio, supo con todo hacerse superior al mal gusto de su época, crearse un símbolo y un ritmo propios, ser el eco de las ideas del siglo.

Vió la luz don Francisco Goya y Lucientes, el año 1746 en un lugar de Aragon llamado Fuen de Todos. Recibió lecciones, siendo aun muy jóven, de un tal José Luzan que residia en Zaragoza; mas viendo á los cuatro años que no salia con él de copiar grabados, ni podian desenvolverse con libertad sus facultades, le dejó entregándose á sus propias fuerzas. Tomó como Velazquez, la naturaleza por maestro. Vió y respetó como él, las obras maestras de sus antecesores, sin que le entrara el deseo de imitarlos, ni vacilara en seguir el camino que le habia trazado desde un principio su manera especial de considerar el arte. Pasó como él á Roma, y como él, se limitó á esforzarse en comprender el secreto de reproducir exactamente los seres creados por la ley del universo. In-

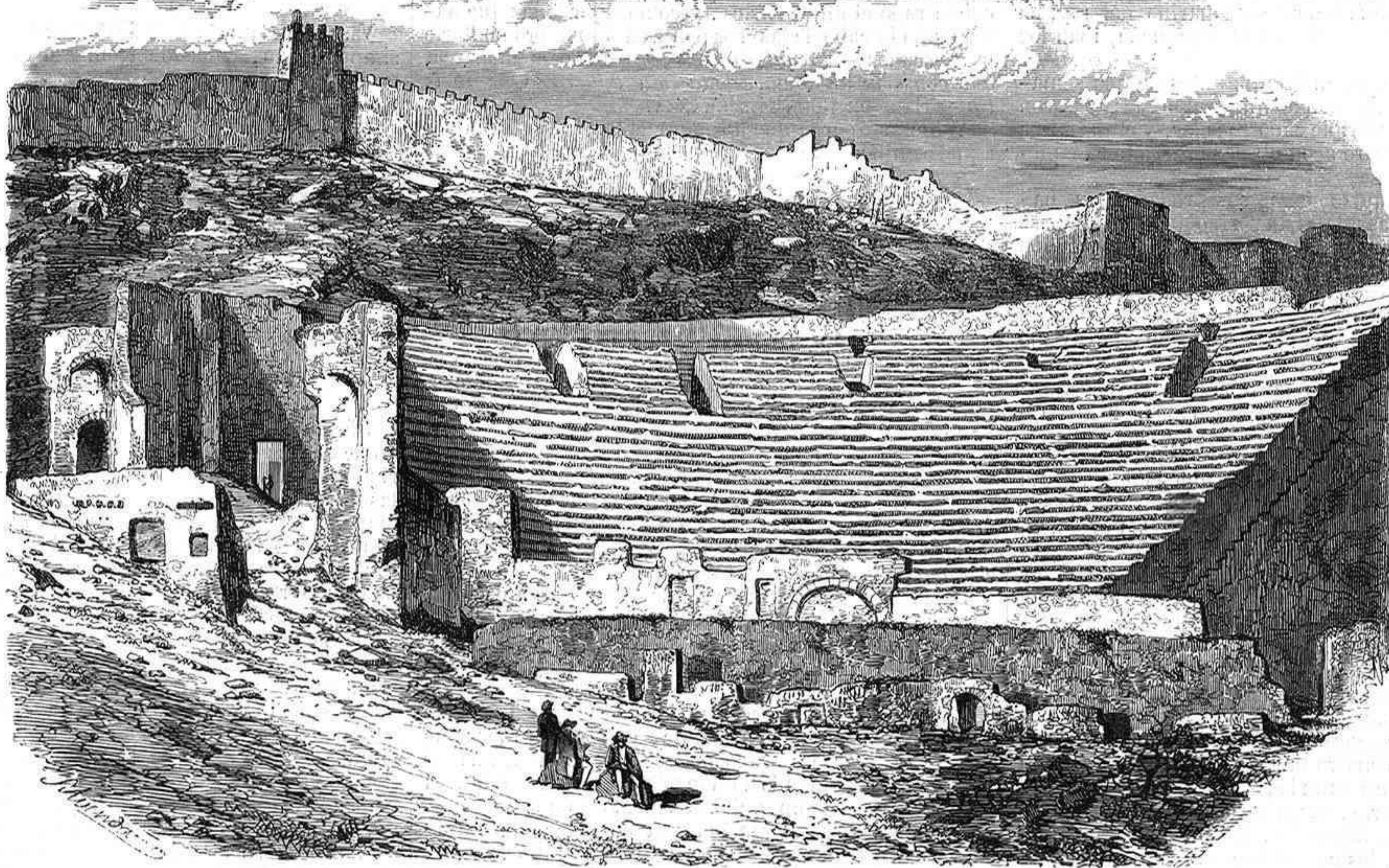
dependiente por carácter, quiso mas bien aparecer á los ojos de sus compatriotas con todos sus defectos, que ostentar bellezas prestadas; y no se puso nunca bajo

los treinta y cuatro años de su edad, pintor de cámara y privó con Carlos IV; mas no habia nacido para cortesano, y sujetó sucesivamente á su pincel satírico á

covachuelistas, sacerdotes, aristócratas y personas mas allegadas á la del monarca. No que á veces no reprodujese con amor costumbres eminentemente nacionales, ni que otras dejase de pintar con colores sombríos escenas de desolacion y muerte; mas era generalmente mordaz y cáustico, amaba esa especie de sátira que escita la amargura en el corazon y la sonrisa en los labios, que parece á primera vista hija de la malignidad, y es el grito de un alma vivamente lastimada por el espectáculo de la injusticia triunfante ó del vicio respetado.

Tradujo Goya en sus cuadros sus propios sentimientos; reflejó en ellos no solo las ideas, sino hasta los vagos deseos de su época; y constantemente bebió sus inspiraciones en la sociedad á que pertenecia. Por esto principalmente fue artista y logró imprimir el sello de la inmortalidad á sus obras. ¿Qué importa que esten poco acabadas y tengan muchas y graves faltas de dibujo? Debemos amar las formas perfectas, mas entre las perfectas que no irradian el espíritu y las imperfectas que lo irradian, siempre y sin vacilar hemos de preferir las últimas. Bajo las formas incorrectas de Goya, vemos el alma del artista; en su combinacion, el atrevimiento y la originalidad del genio. Hay ahora en nuestros pintores mejor forma; pero menos vida, mas ciencia, pero menos arte.

Goya era uno de esos artistas fogosos que se impacientan por dejar enunciadas sus ideas; que maldicen la torpeza del lenguaje en que han de espresarlas; que aborrecen el materialismo que hay aun en la práctica de las artes mas nobles; que á trueque de poder seguir con el pincel el tumultuoso movimiento de su corazon y su cerebro, sacrifican la belleza de las formas ó buscan las mas sencillas, y creen sinceramente perdido el tiempo que emplean otros en castigarlas. Dependia en parte su incorreccion del aislamiento artístico en que pasó toda su vida, pero aun mas de su temperamento y de la exuberancia de sus



TEATRO DE SAGUNTO.



D. FRANCISCO GOYA.

la direccion de nadie, ni trabajó por parecerse á nadie.

Pudo hacerlo porque tenia verdadero talento artístico. Pintó y fue pronto la admiración de España, que no pudo dejar de ver en él, mas que un restaurador de la pintura, un innovador audaz que no titubeaba en sacarla del estrecho cauce donde la habian encajonado aun los mas eminentes maestros, y que hacia al arte intérprete de las instituciones y las costumbres de su patria. Conmovido primero por la voz de los filósofos, y mas tarde por las escenas revolucionarias de la Francia, vió quizá en aquellas costumbres é instituciones algo de degradante para el hombre; y las tomó por objeto de caricaturas graciosas, picares y no pocas veces sangrientas. Fue desde

ideas. Todo artista que concibe y siente mucho ó ha de rodearse de una corte de discípulos que se presten á ejecutar sus pensamientos, como Rafael de Urbino, ó dejar sus obras desaliñadas y casi en bosquejo, como Goya, ó adoptar sistemas, tan simples como los de Owerbeck y Flaxman.

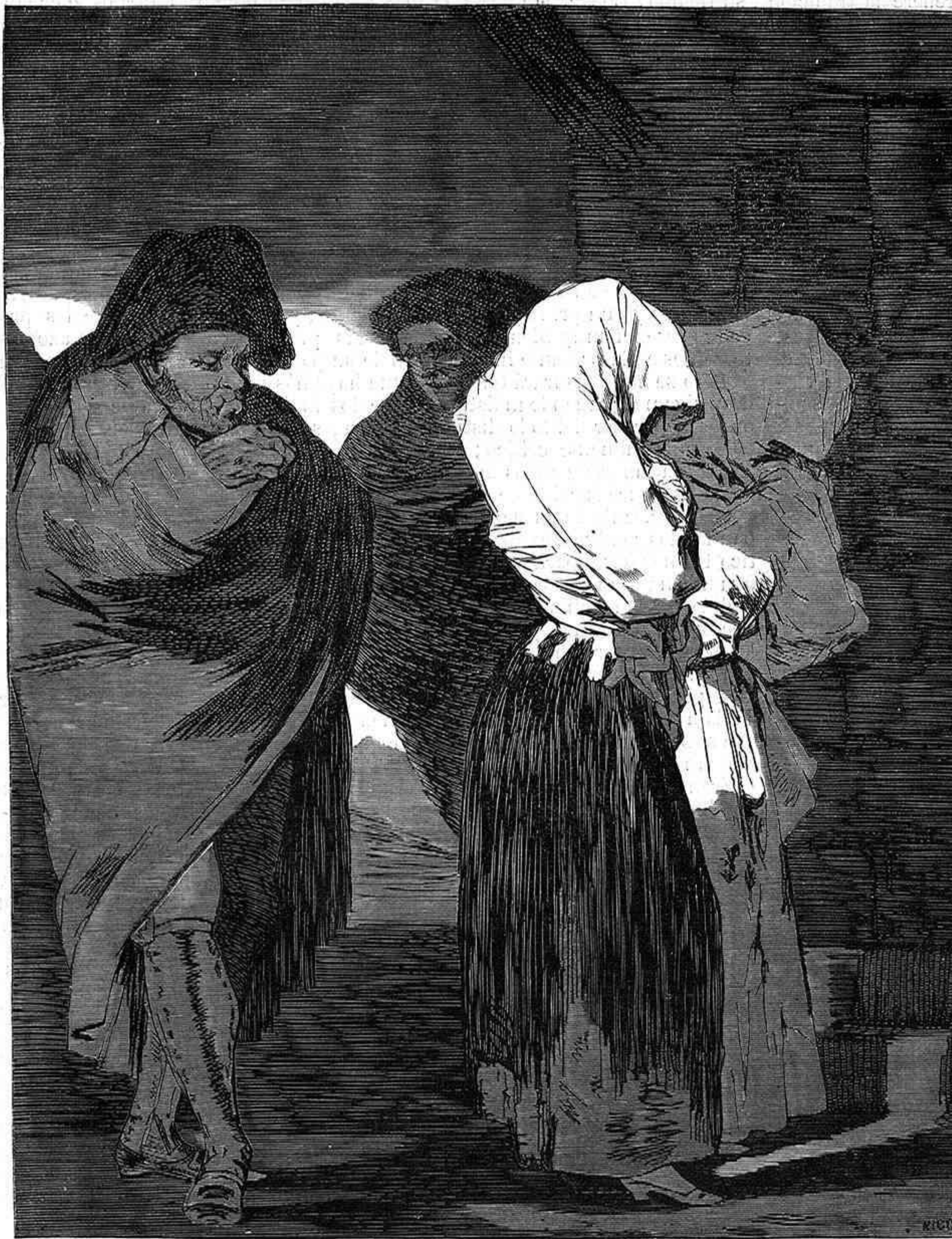
No era por otra parte nuestro artista tan desgraciado en las formas, que no se hallasen compensadas sus faltas por notables bellezas. Tenia una gran seguridad de pincel, un colorido verdadero, una gracia especial en componer y agrupar las figuras, una ejecución franca, y sobre todo, acomodada á la naturaleza de sus argumentos. Contaba poco menos de ochenta años y estaba casi ciego cuando pintaba aun con el mismo cuchillo con que extendía los colores en su paleta. Los lienzos salían aun entonces de sus manos llenos de energía, de verdad, de vida, de alma.

Estudió además, y concluyó bien, algunos de sus cuadros. En el museo de esta corte, en el vestíbulo de la sala italiana, hay pintados por él unos retratos á caballo de Carlos IV y María Luisa. Las faltas de dibujo son tan visibles en ellos como su buen colorido y su vigoroso aspecto, mas ambos retratos están bien acabados.

En sus cuadros de toros, no parece sino que están reflejados el carácter, el genio y hasta el sol de España; ¡que sátira tan fina é ingeniosa, y en ocasiones qué mordacidad, en las caricaturas! ¡qué espíritu de nacionalidad en todas sus obras!

Hojéese luego su preciosa colección de caprichos, de la que hemos sacado por vía de muestra el que acompaña á este artículo; hojéense esos fáciles y hermosos grabados al agua fuerte, solo comparables con los de Rembrandt. No bien penetramos la intención que muchos de ellos encierran, cuando parece que nos hallamos en la víspera de nuestra revolución de 1808, y oímos como en el silencio de sus hogares afilan los ciudadanos sus espadas.

Goya ha dejado una multitud de obras. Desde las primeras en que se dió á conocer, ejecutadas para la real



CAPRICHOS DE GOYA TITULADO: ¡POBRECITAS!

fábrica de tapices, hasta el cuadro en que se retrató moribundo en el acto de tomar de manos del médico Arrieta una bebida; ¡qué vida de artista tan activa, tan fecunda! Es increíble el número de sus producciones en ese género en que mas sobresalía: escenas populares,

meriendas campestres, toreros, manolas, reuniones de brujas, ataques de bandidos. Hizo también gran número de retratos: si el pincel de Goya daba la inmortalidad, ¿que mucho que acudieran á él tantos y tantos, que no tenían otro medio de hacerse inmortales? Generalmente acababa las cabezas en una sola sesión de una hora, y estos eran los retratos mas parecidos. Los del naturalista Azara, de Moratin, de Maizquez y el duque de Osuna, son entre todos los mas célebres.

Ya hemos citado en otro artículo las bellas pinturas al fresco con que adornó de su mano la ermita de san Antonio de la Florida, retratando al mismo tiempo en figura de ángeles mancebos, á las bellezas mas notables de la corte y de la villa. Hay que agregar á estas pinturas, las que ejecutó en las dos capillas menores del templo de Nuestra Señora

del Pilar de Zaragoza.

Las catedrales de Valencia y de Sevilla tienen también cuadros suyos, y es notabilísimo en la primera el lienzo que representa al duque de Gandía, despues san Francisco de Borja, despidiéndose de su familia para retirarse al claustro.

En sus últimos años, compuso todavía algunos cuadros dignos de atención, entre otros el lienzo que hemos citado en que se retrató enfermo. Habiendo quedado sordo á los 13 años de su edad, en 1822 su salud quebrantada le obligó á hacer un viaje á Francia en busca de alivio. Allí acabó sus dias en Burdeos, á 16 de abril de 1828, á los 82 años de edad.

F. P.

ESPRONCEDA Y LARRA.

Trasladémonos por unos instantes á los años 33, 34 y 35.

Fernando ha muerto. Los partidarios de Carlos, han tirado de la espada en las provincias del Norte; y se abren á la vez las puertas de la revolución y de la guerra.

Rotos ya entonces el freno religioso y el político, no tarda en nacer un vivo movimiento literario que empieza por una protesta contra toda convención y toda regla, y acaba por destruir el símbolo y el ritmo del arte y la poesía clásica.

Este movimiento es digno de estudio: examinémosle.

Le inicia el espíritu nacional, pero no le dirige. Le determina desde luego el romanticismo de los Schlegel, que despues de haber dominado en Alemania, tiene avasallados los primeros ingenios de la Francia.

Se aclimata el romanticismo entre nosotros; y se desarrolla en tres evoluciones.

Rompe en la primera, por decirlo así, los antiguos moldes del pensamiento poético; cierra con desden las puertas del Olimpo griego; funda la comedia y la tragedia en el drama, y el poema y la novela en la leyenda; aspira á toda la variedad compatible con la armonía y rechaza las unidades de lugar y tiempo; trabaja por conciliar la sencillez de la expresión con la fuerza y la



ESPRONCEDA.



LARRA.

poesía del concepto. Mas no baje aun del todo al mundo real y mucho menos al presente: prefiere la tradición á la historia, el cuento á la tradición, el mito al héroe; se complace en vagar por entre las nieblas de la edad media, evoca lleno de amor las hadas y las hechiceras de otros tiempos y hasta intenta sustituirlas á las deidades paganas, haciéndolas su *Deus ex machina*. Emancipa el genio poético, mas solo *formal* no *materialemente*. Le da nuevos medios de manifestación, pero sin dilatarle el campo en que se mueve.

En su segunda evolución traduce ya libremente la vida interior del hombre y la del mundo, se hace eco de todos los sentimientos, ideas y aspiraciones de los pueblos, revela sin vacilar su idea, arrostra y ataca de frente las preocupaciones del siglo ó las que cree tales; y no respetando por sagrado nada que no lo sea para su razón y su conciencia, arroja con ira sobre costumbres, leyes, instituciones, símbolos, dioses, ora la maldición y el puñal, ora la ironía y el sarcasmo. Pinta bella la virtud, deforme el vicio; pero sin sacrificar jamás al sentimiento moral el estético, ni forzar los argumentos á fin de presentar abismado bajo la cólera de Dios al que, lejos de sentir remordimiento por sus crímenes, baja tal vez el sepulcro con la copa de oro en la mano, la sonrisa en los labios y la sien coronada de flores. Libre como la idea que le ha dado el ser, no admite ya trabas ni para la imaginación ni para el pensamiento: deja sin amojonar el campo de la poesía, emancipa por completo el genio.

Retrocede en la tercera evolución, y abanlona de nuevo el mundo. No se convierte como su fundador Schlegel, antes guarda la duda en el espíritu; mas descuelga con mano osada el arpa de los profetas, y canta la fe con los ojos en el cielo, y el corazón en la tierra. Si abandona las regiones del firmamento, es solo para ir á levantar con aparente respeto el suario de pueblos sepultados en sus ruinas; si deja la historia, es solo para volver á la leyenda ó al cuento fantástico. Censura, no obstante, sus primeras formas, y no toma sino en poetas de tercero ó cuarto orden las que constituyeron el muerto clasicismo.

Es indudablemente grande esta evolución literaria, en sus dos primeras fases. Mantiene en actividad las almas despiertas al anuncio de una era nueva, y agranda indefinidamente la esfera del arte; nos allana las fronteras de la Alemania, llena de tesoros, de poesía, y de filosofía que nos eran poco menos que desconocidas; nos hace descubrir un nuevo mundo en la edad media, cubierta por el renacimiento con un velo de oprobio; reconcilia al poeta con su siglo y generaliza por él ideas que antes permanecían estériles en las nebulosas cumbres de la ciencia. Lástima que venga luego en su tercera faz á destruir esa reconciliación benéfica; reconciliación exigida por los intereses de la humanidad y del hombre, reclamada por las necesidades de la poesía, sancionada por los genios de todas las edades, reanudada por el arte siempre que después de haber bajado de la creación á la copia, ha pretendido volver á conquistar el fuego de la inspiración, y su perdido cielo. Identificado el poeta con el mundo, es la voz de la raza humana; aislado, un pájaro que canta en las profundidades de los bosques. Llegan sus melodiosos trinos á los oídos de los que acertamos á pasar por la orilla; mas no nos dejan huella ni en el corazón ni en la memoria.

No debió salir de su segunda evolución el romanticismo; mas ¡ay! los pocos en quienes pudo entre nosotros verse realizada, los ilustres *Espronceda* y *Larra*, murieron cuando no contaban mucho mas de treinta años.

II.

¡Qué inmensa pérdida para las letras españolas la de estos dos hombres! Entre la numerosa multitud de poetas que los admiraron, ni uno solo ha podido seguirlos. En ellos, si, en ellos empezó y acabó esa segunda evolución del romanticismo, la mas trascendental y fecunda; en ellos, esa poesía grande y varonil en que se descompone, como la luz del sol en las aguas de una cascada, la vida de la humanidad entera. Ha ido la poesía después que han muerto precipitándose á un abismo; y nadie hasta ahora ha sido capaz de detenerla en la caída, ni de levantarla del fondo del precipicio.

No era por cierto fácil seguir á esos dos hombres. A una imaginación y un corazón ardientes, reunían un juicio claro, una comprensión vasta, una fuerza de intuición y de reflexión, que les hacía penetrar en la esencia de las cosas, ver y sondear todos los problemas, descubrir los vicios de las leyes y opiniones humanas, reconocer al través del mas ingenioso manto el fantasma de la duda. Sabían seguir al hombre en todas sus manifestaciones y enlazar hábilmente la poesía con la filosofía, abarcar los mas grandes conjuntos y descender á los mas pequeños pormenores.

¡Con qué superioridad no dominaban su época! Hume evocando los manes de los muertos no ejerce hoy el formidable poder que ellos cuando hacían aparecer á la superficie del borrascoso mar de nuestras sociedades los degradados tipos ocultos en lo profundo de las aguas y medio enterrados en la arena. Conocían la especie no menos que el individuo, y los pintaban hasta hacerlos espantar de su propia imagen.

Eran sin duda escépticos y no negaban su escepticismo;

pero ¿dejaban de reflejar acaso el estado de las ideas de su tiempo? Convertían hasta lo mas sagrado en objeto de crueles sarcasmos; mas en este mismo carácter amargo de su sátira ¿no revelaban que en su alma dormía la convicción bajo la duda como el fuego bajo sus cenizas? No se indigna ni truena el verdadero escéptico contra los errores de los hombres, ni contra las instituciones fruto de esos errores, ni contra los resultados naturales de esas instituciones, por mas que broten sangre las heridas que han hecho. Estamos tan persuadidos de que si hubiesen vivido mas tiempo hubieran transformado en afirmaciones sus dudas, que abrigamos la convicción de que Espronceda nos habría dado un sistema filosófico mas ó menos completo en lo mucho que dejó por escribir de su *Diablo Mundo*. La determinación de la duda es ya un principio de conocimiento; y Espronceda presenta muy bien determinadas las que vierte á torrentes en la brillante introducción de su poema.

Pero se nos censurará tal vez porque hayamos juzgado y sigamos juzgando indistintamente dos individualidades al parecer del todo distintas. Larra, se nos dirá era principalmente crítico; Espronceda, poeta.—Mas Larra era tan poeta en los mas de sus artículos críticos, como Espronceda crítico en sus poemas. Abrazaban los dos en el círculo de su pensamiento el mundo, empleaban los dos con igual éxito ese tono eminentemente caustico tan necesario para extinguir el vicio. Pertenecían á una misma escuela, se proponían un mismo objeto y lo realizaban con la misma energía de espíritu y la misma libertad en las formas. ¿Que importa que escribiese el uno en prosa y el otro en verso? En los mas de los artículos de Larra, como en las poesías, de Espronceda no hay una idea que no haya recibido el calor del sentimiento. No hablamos por de contado de los pormenores literarios, que si bien excelentes en su género, no son los que mas realzan ni caracterizan la personalidad de Figaro.

Eran poetas uno y otro, Espronceda y Larra; y ambos igualmente originales. Sabemos que en Espronceda no ven algunos sino un reflejo de Byron y de Goethe; mas no vacilamos en decir que están en un error gravísimo. El fondo, el pensamiento del *Diablo Mundo* no está ni puede estar en el *Fausto*. El *Fausto* es bajo su forma primitiva la razón abdicando su soberanía, el hombre entregado á la realidad sensible; el *Diablo Mundo*, la razón virgen entre las prevaricaciones de la razón cultivada, el hombre primitivo en medio de la sociedad, Adán en el siglo XIX. ¿Qué punto de contacto hay entre los dos argumentos? El *Fausto* es el poema del individuo, el *Diablo mundo* el de la especie; el *Fausto* un ejemplo, el *Diablo Mundo* un cuadro.

Cierto que Espronceda tomó de Byron algunas frases y aun algunos conceptos; mas si en tal ó cual rasgo de su poesía se descubre á Byron, en el conjunto ¿no se ve siempre á Espronceda? El mejor genio, decía ese mismo Goethe autor del *Fausto*, es el que sabe asimilárselo todo sin que su individualidad se menoscabe. Porque haya sentido la influencia de Byron ¿ha perdido realmente de su individualidad el creador del *Diablo mundo*? Es triste ver casi siempre á los críticos juzgando aun las mejores obras por lo que tienen de accidental y no por lo que las constituye esencialmente. ¿Que extraño por otra parte que hubiese cierta identidad de forma entre escritores en quienes se realizó una misma evolución de la idea romántica?

Hasta bajo este punto de vista de la forma dejaban lo mismo Espronceda que Larra una marcada huella en nuestra historia literaria. Espronceda ha sido el primero de nuestros poetas que en una misma obra, y aun en un corto número de páginas, ha recorrido sin esfuerzo toda la escala de nuestra versificación subiendo y bajando en ella al compás de sus ideas; Larra, el primero de nuestros prosistas modernos que ha sabido conciliar con el suelto y vigoroso estilo cortado las exigencias de nuestro sonoro y armonioso idioma.

¿Será ahora preciso añadir que las obras de uno y otro son modelos de lenguaje?

Para nosotros los deberes de la crítica literaria se reducen á determinar el carácter de los escritores y á señalar el puesto que ocupan en la serie de evoluciones que constituyen la historia de la literatura. Los hemos llenado ya, aunque no tan cumplidamente como quisieramos; y vamos á soltar la pluma.

No con todo sin manifestar nuestros ardientes deseos de ver pronto guardados los restos de nuestros dos insignes poetas bajo el monumento que trata de levantarles la generosa juventud de nuestros días.

LA VERBENA DE SAN JUAN.

Hay críticos que detestan al autor de *Mazepa*, de don Juan y de *Childe-Harold*, porque en algunas de sus obras usaba frecuentemente digresiones y paréntesis, que ellos consideran como redundancias, como superfluidades poco menos que monstruosas; pretendiendo con esto reducir á fórmulas precisas, matemáticas, inflexibles, la bella literatura, que por su naturaleza es diametralmente opuesta á las ciencias exactas. Al proceder así están en su derecho y en su terreno.

Yo confieso que en este punto soy pecador incorregible. Precisamente uno de los principales títulos de By-

ron á la inmortalidad es, á mi juicio, el defecto que aquellos le echan en cara; y por mas que amontonen citas, notas y comentarios, no probarían que el eminente poeta inglés, merece, en vez de la aureola de gloria que le circunda, la corona de espinas ó de puerros que mas de cuatro dómines quisieran regalarle.

Tales ó parecidas reflexiones iba yo haciendo anoche al recorrer las verdes arboledas del Prado, magnífico paréntesis, delicioso oasis para el que acaba de atravesar el intrincado laberinto de calles, plazuelas y tortuosas encrucijadas de Madrid, no amenizadas, en general, por otra vegetación que los raquíticos tiestos conservados á fuerza de precauciones, en el ángulo de un balcon, en la palomilla de una ventana de sotabanco, ó en los cuatro pies de techo asfaltado que vemos en tal cual casa, y que los propietarios bautizan con el calumnioso nombre de azoteas.

Digo que anoche pensaba en los admirables paréntesis de Byron. ¿Sabeis por qué? Porque anoche era víspera de san Juan Bautista, y dicho se está, que era un alegre paréntesis en la dolorosa vida del pueblo. Quitad al pueblo las verbenas y demás diversiones análogas, y podeis cantarle un *Requiem æternam*.

¡Benditas sean las verbenas!

Estas nocturnas romerías, son segun unos historiadores, de origen pagano; otros aseguran que no se conocieron hasta los primeros siglos de nuestra era; pero lo indudable es que son restos de costumbres antiquísimas que no ha podido borrar completamente la mano del tiempo, y que conservan, con algunas modificaciones de forma, su carácter primitivo. Por lo demás, con la palabra *verbena* se distingue una planta comun, á que en otra época se atribuían propiedades maravillosas, en la curación de muchas dolencias.

La verbena de san Juan, es la verbena principal, la verbena madre, la reina de las verbenas; y si en las primeras horas de la noche se advierte algun movimiento en los miembros, en el cuerpo, y en la cabeza de la metrópoli de dos mundos, después de las doce, cuando principia el claro repiqueteo de la castañuela, el grave punteado de la vihuela de cuerdas metálicas, el agudo de la bandurria, que tanto tiene de alegre como de melancólico y apasionado, la pandereta llena de cascabeles y de sonajas de hojalata, y el triángulo y la baqueta de acero, entonces el pueblo, cadáver instantáneamente galvanizado, se levanta y corre á la fiesta, sin acordarse de la negra historia de sus días.

Vamos con él, amigo lector; sigámosle, confundámonos con las oleadas de gente que por la Carrera de san Gerónimo y calles de Alcalá y del Prado, que son las principales avenidas, desembocan en el magnífico salon de este último nombre, teatro espacioso donde va á celebrarse la función que describimos.

Desde el *Campo de la Lealtad*, en que se hallan depositadas las cenizas de las víctimas del *Dos de Mayo*, hasta el *Botánico* se extienden colocados simétricamente á orillas de una calle de árboles, no de las mas anchas, las mesas y puestos de los vendedores, que mediante una contribución, no siempre módica, han conseguido un par de varas de terreno para despachar, ó no despachar sus mercancías; pues á algunos se les puede aplicar, aunque con diferente motivo, el epigrama de don Leandro Moratin á un escritor, cuyo libro nadie quiso comprar.

En un cartelón leí,
que tu obrilla baladí
la vende Navamorcuende, ...
no ha de decir que la vende,
sino que la tiene allí.

En honor de la verdad, son pocos los vendedores que se encuentran en el referido caso, porque en noches semejantes se gasta y se consume lo que no es decible.

Este punto del Prado es el centro magno de reunión de los romeros de ambos sexos, de todas clases, edades y condiciones, que apenas pueden dar un paso, pero que se entretienen contemplando la infinidad de mesas de pino en que se ostentan los tradicionales botellines de rosa, noyó y aniseta; los enormes frascos de aguardiente, y los platos con *volados* para endulzar el agua fresca recién cogida en las fuentes de Neptuno, la Cibeles, las Cuatro estaciones, el Galápagos y la Alcachofa. En otras despiertan el apetito de los golosos el áspero confite, el merengue ovalado, la yema esférica, el bizcochon atortado, y mil diversos dulces en cuya fabricación se han apurado todas las formas geométricas. Entre ellos descuella altanero el cucurucho de colores, como los torreones de la edad media descollaban sobre la misera población que á sus pies vegetaba. Hay tambien mesas ó mostradores de latón, en los cuales se colocan los buñuelos acabados de sacar de negras calderas de hierro, en donde hierven tantas arrobas de aceite al caliente sople del carbon inflamado.

Y toda esta escena, todo este espectáculo semidiabólico, semi-fantástico, que recuerda las *fraguas de Vulcano*, está iluminado por los faroles de gas del paseo; por los de aceite de la verbena, y por los rojos penachos de fuego chispeante que brotan por los tubos de los hornos buñoleros, envueltos en borbotones de humo, que ascienden formando densas espirales y se disipan con el vientecillo que corre de la parte del Retiro.

Vénse igualmente depositadas en hondas cestas, las

indispensables rosquillas de Fuenlabrada, de fecha inmemorial muchas de ellas, por mas que el prudente curioso quiera hacer su origen contemporáneo de la romería de San Isidro.

Allá en segundo término, ó lo que es lo mismo, á espaldas de los vendedores, se balancean y giran columpios y caballos de madera, al descompasado y alarmante son de una dulzaina destimpanizadora y de un tamboril que padece catarro crónico, exacerbado á resultas de los últimos cambios atmosféricos.

Apenas hallareis de nuevo á las doce de la noche, mas que un pequeño aumento de vida, movimiento, y algazara de los ordinarios en toda la estension del Prado. Para hallarlo tendreis que volver pasos atrás, y dirigiros á la Plaza Mayor; que desde la tarde se ha convertido en abigarrado bazar de santitos, muñecos, trompetas, silbato y tambores; de albahaca, yerba luisa, rosas, alelles, geráneos, claveles, azucenas y otras flores; de ramos de grosellas, canastas de albaricoques, gloria y orgullo de la vieja ciudad de los Concilios, y naranjas de la patria del Cid, sin que falten buenas provisiones de rosquillas, torrados, cacahuets y pasas.

Si sois devotos, de seguro os acercareis á cualquiera de las tiendas de santos, y por poco dinero podreis comprar toda la corte celestial. Sentireis sino darla ver á san Juan Bautista metamorfoseado en mosquetero, gracias al sombrerito amarillo con plumas de barro, por supuesto, con que le han cubierto la cabeza; os afligireis probablemente al descubrir que por túnica de pieles le han pegado con cola al cuerpo un copo de algodón cardado; y tal vez despierta en vuestra alma un recuerdo acerbo la bandera de papel encarnado que empuña con su diestra mano... ¡bandera de guerra! ¿Quién no se asusta al contemplar á un santo, por mas que sea de barro, armado de punta en blanco y en actitud tan belicosa?

Baste lo dicho para comprender que la Plaza es una Babel, un valle de Josafat. El delicado de cabeza, que no vaya, porque ganará una jaqueca, tras de perder el pañuelo ó el bolsillo; el que tenga callos, que huya cien leguas de allí, porque se espone á que un descendiente de Pelayo se los sepulte hasta en los mismos huesos, prensándolos con un zapato cuyo claveteado bien pesará dos libras; si los callos están en la conciencia, ya es otra cosa; en este caso se puede dar una vuelta.

Muchas nodrizas, procedentes del valle de Pas, pecho enorme y fecundo que ha amamantado á la mitad de la nobleza española y á no pequeña parte del Madrid burocrático y mercantil, pasean llevando en brazos su propia cria, la cria que presentan—como el comerciante un retazo de tela para muestra—cuando algun extraño quiere alquilar la sustancia de su cuerpo. Asistentes de militares, fosforeros, municipales, artesanos, pueblo de todos los barrios y cuevas de la corte, desocupados que nunca faltan, tomadores del dos que siempre sobran, mozas desperdigadas y mozas del *bracilete* con otras, ú otros, é ininidad de parejas de la clase media, entran y salen, andan ó se estacionan, comen ó por lo menos abren la boca, hablan ó rien, lloran ó chillan en aquel anchorecinto, que en la verbena de san Juan puede á duras penas contener la inmensa concurrencia que en él se aglomera.

Pero salgamos de la Plaza, horno sofocante, donde se respiran millares de alientos, donde el aire mezclado con la arena que todavía conserva el calor de la tarde, penetra en nuestros fatigados pulmones, y tornemos al Prado, eslabonándonos á la gran cadena humana que une á la Plaza con aquel soberbio paseo, uno de los mejores de Europa. Atravesemos la puerta del Sol, á donde afluyen innumerables turbas, algunas de las cuales se desparraman luego en varias direcciones, mientras la mayor parte continúa su peregrinación, llenando los aires de canciones y músicas populares. Lavapiés, Maravillas, el Rastro, los mas opuestos barrios de la coronada villa, corren como rios desbordados, á pagar tributo al grande Océano, que es el salon del Prado.

El extranjero que viese por primera vez este animado espectáculo no seria extraño que se preguntase:—¿Qué ocurre en este pueblo? ¿va á recibir, como el antiguo pueblo romano al vencedor del enemigo de la patria, para conducirlo en triunfo al Capitolio? ¿Es quizá que otro Pedro el Ermitaño acaba de predicar una cruzada religiosa, y se trata del exterminio de nuevos infieles? ¿O tal vez (si en su asombro ha confundido los violines, las guitarras, las panderetas y las murgas con instrumentos de guerra) huyen desavoridos los habitantes de Madrid, la villa libre, porque Atila llama á sus puertas y le trae las cadenas de la esclavitud?

Nada de eso: trátase pura y simplemente de una verbena; y la empresa que se proyecta redúcese en sustancia á conquistar unos cuantos frasquetes de licores, unos cuantos buñuelos y unas cuantas horas de regocijo. El pueblo arroja la copa de la amargura, y toma la del aguardiente ó el marrasquino.

Allí, en medio del salon, se improvisan jotas, fandangos, polkas y redowas en las que reina la fraternidad y el desorden mas envidiables; allí al aire libre se entonan coplas de todos colores, desde el rojo hasta el verde-pimiento, y de todos sabores desde la que raya en insipida hasta la que amarga de puro salada; allí se escucha desde la voz espiritada de la tiple de los bailes de candil, hasta el gruñido cavernoso del bebedor inespugnable; y estallan á menudo coros de atronadores voces no articuladas, mezclados con interjecciones nunca oídas en

los atolladeros y barrancos á mayoral ni carretero alguno. A veces al dar un paso se tropieza con una caravana que descansa en aquel oasis, cenando en corro y se ve pasar de mano en mano la bota amiga, llena del tinto de á dieciseis cuartos, mientras las bocas desgarran soberanos tajados de jamon ó de cordero asado. Los lances amorosos, los galanteos, las declaraciones, las escenas de celos no escasean, como que constituyen en nuestros dias lo mas esencial de la verbena, como en los tiempos de Felipe IV, cuando las damas tapadas y los galanes de capa y espada, los dueños y los escuderos suministraban abundante materia al ingenio de nuestros antiguos poetas dramáticos.

Si alguien cree que á las altas horas de la noche no se encuentran en el Prado miriñaques y *levisacs*, capotas y levitas, padece una lamentable equivocación. En esta romería, ni mas ni menos que en las de san Isidro y san Antonio de Pádua, que la han precedido, y que en las de san Pedro, Nuestra Sra. del Carmen y el apóstol Santiago, patron de España, que la siguen, muchos individuos de la clase media toman parte en la gresca en union y compañía de los que gastan chaquetilla, faja y calañés, mientras la aristocracia acaso se fastidia aprisionada en el reducido círculo de que no le es permitido salir, sopena de abdicar su orgullo hereditario y romper tradiciones que la polilla del tiempo va royendo presurosa con inexorable perseverancia, al par de los árboles genealógicos guardados en sus archivos.

En esta como en otras reuniones populares hay parejas amigas de oír y presenciar el tumulto á cierta distancia; que quieren disfrutar de la comun alegría, y que ya que no han podido llevar el Prado á su casa, van de su casa al Prado. ¿Percibís entre las sombrías alamedas inmediatas al Botánico, al Tivoli, á la platería de Martínez, y sobre todo alrededor del monumento de los mártires de la independencia, ciertos bultos sentados en bancos de piedra, ó bien moviéndose lentamente, mientras en el salon reina una bacanal completa? Pues son parejas solitarias, á quienes no tanto ofende el bullicio como la luz; murciélagos enamorados que prefieren á los lugares de la vida los sitios en que imperan el silencio y las tinieblas. ¿Cuánto secreto no revelarían aquellas verdes acacias, aquellos frondosos álamos, aquellos fúnebres cipreses, si tuviesen el don de la palabra!

Algunos pudieramos descubrir nosotros, y si no los saben los sospechan con fundamento mas de cuatro de los que por el salon calaverean. Pero no teman indiscreciones nuestras, teman si acaso las de Febo que, levantándose de su lecho de sombras, derrama sus resplandores sobre el teatro de la verbena, que desde momentos antes se ve abandonado de los concurrentes, en cuyos rostros han quedado impresos los estragos de la borrascosa velada. En el Prado apenas se encuentra vestigio de tanto bullicio, de tanta agitación, de locura tanta; y el poeta melancólico que casualmente atraviesa por aquellos sitios, desiertos ya y mudos, á las ocho de la mañana, no puede menos de exclamar con acento dolorido: *Hic Troja fuit*; aquí se celebró la verbena de san Juan Bautista.

VENTURA RUÍZ AGUILERA.

TIPOGRAFIA.

II.

A tiempo llegó para la causa de la humanidad, que se hallaba en sus últimas angustias, la invención de la imprenta. Mahoma habia arrancado de la benéfica influencia de la Cruz el vasto imperio de Oriente, y el Occidente se estremecía como en una postrera convulsión bajo las plantas de los bárbaros. Sin mas armas que la autoridad religiosa, ¿cómo contrarrestar el cristianismo las devastadoras irrupciones de los pueblos del Norte? Las mas importantes tradiciones habian perecido en aquel inmenso naufragio social; los manuscritos que habia recogido Matías Corvino, rey de Hungría, en todas las comarcas de la Grecia habian desaparecido sin dejar rastro, sumergiéndose en el polvo de las bibliotecas destruidas por el islamismo, y de tantas riquezas literarias solo sobrevivieron en aquella guerra de exterminio los pocos libros que hallaron un lugar de asilo en el interior de los conventos. Para colmo de infortunio, estos mismos libros escitaron la codicia de algunos frailes ignorantes, que formaban con ellos salterios y cuadernos para venderlos á los niños y á las mujeres. Boccacio que, viajando por Apulia, visitó el convento del monte Casino atraído por su celebridad, lamenta con mucha amargura el deplorable estado de mutilación en que encontró la mayor parte de los manuscritos que habian llegado á manos de aquellos religiosos.

Sin la imprenta habria en el tiempo una solución de continuidad, solo comparable á la que produjo el diluvio. Un abismo insondable separaría la época de la invasión de los bárbaros, de todas las anteriores. Pero la imprenta vino, y rehizo el pasado con los pocos restos de la civilización caída, que sobrenadaron en las aguas del cataclismo. Su misión fue doble; conservó los despojos de las civilizaciones derrumbadas, y preparó las civilizaciones venideras. No es, pues, extraño que fuese inmenso el entusiasmo con que fue acogida una invención de tanta trascendencia; se la consideró de origen

divino, y el cristianismo, que es la misma civilización, vió en ella un poderoso auxiliar que le venia del cielo. «*Inventa de novo*, dice Tritemo, *mirabili industria, munere divinitatis*, y Felipe de Bérnago la saludó en 1843 con estas palabras entusiastas: *qua certe nulla in mundo dignior, nulla landabilior, aut profecto utilior, sive diviniore et sanctior esse nunquam potuisset*.

Muchas son sin duda las grandes invenciones posteriores á la de la imprenta, que constituyen nuestro actual estado de civilización; pero aunque pertenezcan á un orden de conocimientos distinto, y por tanto independiente, del arte de imprimir, es de creer que si este no hubiese ido perpetuando la serie ó eslabonamiento de nociones indispensables para conducirnos á ellas, ninguna hubiera llega o jamás á producirse. Sin la imprenta, las ciencias, de que son hijas todas las invenciones modernas, se hallarian en un atraso tal, que en la actualidad ni siquiera puede concebirse, y este atraso haria incompatibles los numerosos descubrimientos de que el siglo XIX ha dotado á todas las generaciones venideras, enriqueciéndose á sí mismo.

La invención de la imprenta fue la transformación del mundo, fue casi la creación de un mundo nuevo. Llenó de asombro á sus contemporáneos, que creyeron haber oído la voz de Dios articulando el *fiat lux* en la inmensidad del caos, y sin embargo ninguno era capaz de medir ó adivinar toda la estension de su influencia, á pesar de que jamás ninguna concepción del ingenio humano habia hecho concebir tan halagüeñas esperanzas ni correspondido mas pronto á ellas. Pero las sobrepujó el éxito. Cuando hubo transcurrido algun tiempo, y estas esperanzas empezaron á realizarse, Harlem, Maguncia, Estrasburgo, Bamberg, Durember, Roma, Augsburgo, Bolonia, Venecia, Rusemburgo, Florencia, Schelestadt, Amberes, Feltri, Lubetk, Basilea, y otras muchas ciudades mas ó menos importantes, quisieron atribuirse la gloria de la invención; mas si esceptuamos las cuatro primeras que hemos nombrado, y especialmente dos de ellas, ninguna funda sus reclamaciones en derechos que puedan parecer legítimos.

Sin negar á Harlem el mérito de haber precedido á todas las demás en la impresion tabularia, es necesario confesar que los honores del descubrimiento de la imprenta por caracteres móviles corresponden á Estrasburgo y á Maguncia; á Estrasburgo, donde algunos, aunque al parecer equivocadamente, colocan la cuna de Juan Gudembruch, ó Gutenberg, y á Maguncia, donde el inmortal inventor estaba cuando menos avecindado. Esta asercion se apoya en los numerosos testimonios citados por Wolf Meerman y otros, y en la autoridad nada sospechosa de Ulrico Tell y tambien en la de Tritemo. El primero era un impresor contemporáneo de la invención, que no se hallaba establecido en ninguna de las ciudades rivales que se han disputado la gloria del descubrimiento, por lo que su voto se nos figura desapasionado.

La invención ó, por mejor decir, su primer ensayo, lleva, segun Ulrico Tell, la fecha de 1440, y se emplearon diez años en perfeccionar todo lo que á ella se refiere. La Biblia latina, impresa en grandes caracteres, es la primera obra que salió de la prensa. En 1457 se fue el arte propagando por varios países, como lo acredita Palmer con documentos muy auténticos.

Tritemo, que nació en 1462 y murió en 1516, no concede á Juan Gutenberg (Zum-Zungen) mas que una intervencion poderosa en la invención de la imprenta, haciendo partícipes de su gloria á Juan Fust, sin cuyos consejos y recursos pecuniarios hubiera Gutenberg cejado en su empresa, y á un yerno del mismo Juan Fust, llamado Pedro Schœffer de Gernsheim, ciudadano de Maguncia. Juan Fust y Gutenberg imprimieron juntos un *Vocabulario*, á que dieron el nombre de *Catholicon*, en caracteres regularmente escritos en tablas de madera y con formas compuestas; pero no pudieron servirse de estas formas para imprimir otros libros por la imposibilidad de sacar los caracteres de las planchas hallándose esculpidos en ellas. Entonces idearon otros procedimientos para allanar este grande inconveniente; y hallaron el medio de fundir formas, á las cuales dieron el nombre de matrices que conservan todavía, de todas las letras del alfabeto latino. Estos caracteres, grabados en un principio á mano, eran de cobre ó estaño. El procedimiento era sumamente costoso. Pedro Schœffer inventó entonces una manera mas fácil de fundir los caracteres, y dejó colmados todos los deseos. En las mejoras de fundición intervino la experiencia de Duun, platero muy consumado.

Las vacilaciones de la opinion acerca del verdadero inventor de la imprenta proceden de la circunstancia de no llevar el nombre de Gutenberg ningun libro impreso, lo que nos obliga casi á repetir aquella ingeniosa frase de Víctor Hugo: «hay nombres muy desgraciados; Colon no pudo dar el suyo á un mundo que descubrió, y el del doctor Guillotin no se puede separar de su espantoso invento.» La oscuridad que rodea á la imprenta en su cuna se explica por el interés mercantil de sus primeros esplotadores, que querian hacer pasar los libros impresos por obras manuscritas, para de este modo venderlas á mas elevado precio, y tal vez tambien por el miedo que tenían los primeros impresores de que se atribuyese su arte á manejos de magia ó brujería.

Respecto de Gutenberg, hay quien cree que perteneciendo á una familia noble, y estando legítimamente

enlazado con una mujer perteneciente también a la aristocracia de la sangre, no quiso asociar su nombre al muy humilde de Schœffer, ni tampoco al del mismo Fust, que eran ambos de extracción plebeya. Otros dicen que quiso dejar a Maguncia toda la gloria de su invención, sacrificando, por un exceso de modestia ó de abnegación cívica, la suya propia a la de su patria, y otros, en fin, atribuyen la circunstancia de no figurar en ninguna edición el nombre del inmortal inventor, á su estremada miseria, que le obligó á vender hasta su bien merecida gloria á sus auxiliares y consocios Fust y Schœffer.

Duverger atribuye la primera idea ó proyecto de invención de Gutenberg, á la permanencia de este en Estrasburgo, donde creó los procedimientos del grabado y fundición de caracteres; pero se cree generalmente que las impresiones de los opúsculos que Gutenberg pudo ejecutar en Estrasburgo, eran xilográficas, ó hechas con letras de madera móviles, análogas á los *Donatos* de Holanda, que le sugirieron la primera idea de la tipografía.

Traspasaríamos los límites que nos hemos impuesto, si nos entretuviésemos en refutar los datos en que fundan sus pretensiones todas las ciudades que aspiran á participar de la gloria del descubrimiento de la imprenta. Esta gloria pertenece principalmente á Maguncia, y solo tienen derecho á alguna parte de ella Harlem y Estrasburgo.

Hemos manifestado ya la transcendental influencia que la invención de la imprenta ha ejercido en la vida de la humanidad y el frenético entusiasmo con que fue acogida. Con ella están enlazados, aunque sean de un orden distinto, todos los progresos artísticos y científicos, y de consiguiente políticos y morales, que han renovado la faz del mundo. Pero desde la época de Gutenberg á la actual, el arte tipográfico se ha perfeccionado de tal manera que asombraría al mismo Gutenberg si ahora resucitase. ¿Qué diría en estos momentos Juan Andrés, obispo de Aleria, que en una dedicatoria dirigida al papa Pablo II, manifestó su admiración diciendo, que gracias al *Divino Pastor, que hizo bajar la tipografía del cielo*, costaban los libros menos de lo que costaba antes su encuadernación, y casi tan poco como el papel en blanco, *papyrus vacua et nuda*? ¿Qué diría si viviese ahora Campano, que exclamaba: *imprimat illa die quantum vix scribitur anno*? Con los nuevos procedimientos estereotípicos, con las prensas mecánicas animadas por el vapor, y con la propagación de la imprenta que ha invadido todas las partes del mundo, hoy en un día, y tal vez en una hora, se imprime tanto como imprimían en un año todos los contemporáneos de Ulderico Gallus, para quien compuso Campano el hexámetro que hemos citado.

A. RIBOT y FONTSERÉ.

REVISTA DE LA QUINCENA.

No diremos que Madrid se va quedando desierto; por el contrario, cada día se aumenta el número de sus habitantes; pero la verdad es que los que en la estación presente no salen de la capital, no están detenidos en ella por los atractivos que les ofrezca en estos meses de calor, sino por sus negocios, ocupaciones ó medios de vivir no les permiten otra cosa.

Así, aunque es grande el número de los que se ausentan, todavía es mayor el de los que se quedan, los cuales hacen como siempre, todos los esfuerzos imaginables para pasarlo lo mejor que pueden.

Madrid tiene también sus fiestas, sus placeres de verano; y por cierto que en este mes y en el inmediato las verbenas y romerías no son escasas. Pero de tan importante asunto; así como de otros sucesos que en la quincena han ocurrido, hemos hecho en este número capítulo aparte; por lo cual nos contentamos con esta sencilla mención.

Mientras disfrutamos, ó disfrutamos de las fiestas nocturnas, de los paseos, de las verbenas, de las corridas de toros y becerros, y de tal cual drama ó comedia original, últimos resplandores de la musa próxima á extinguirse durante la estación calurosa, se hacen los preparativos para las solemnidades de otoño. En la montaña del Príncipe Pio, continúan con actividad las obras para la exposición de agricultura bajo la dirección del entendido arquitecto señor Jareño. En las calles de árboles que forman la parte alta contigua al baño de los caballos, se están

construyendo dos galerías, destinadas la una para los frutos y la otra para los instrumentos agrícolas. A la derecha de estas calles, junto á la puerta del callejón de san Marcial; se arma un pabellón para establecer la secretaría de la junta directiva y recibir los efectos que los espositores presenten. En el centro de la elevada meseta, donde actualmente se halla el palomar, se levantará otro pabellón para los actos públicos de inauguración y distribución de premios. A un lado estarán las jaulas para las aves; al otro las vallas para los ganados formando curva y abriéndose calles en distintas direcciones para el paso del público. Luego que estas obras estén terminadas, procuraremos dar la vista de todo el conjunto.

La exposición agrícola, promete ser concurrida. A ejemplo de otras provincias, las de Pontevedra y la Coruña han convocado para una exposición particular. Estas exposiciones particulares, harán que venga á Madrid lo mas selecto de las producciones, á juicio de las personas entendidas.

La Academia Española, ha celebrado solemne reunión para recibir en su seno al entendido y laborioso literato don Aureliano Fernandez Guerra. El señor Guerra trató con gran sagacidad crítica y en estilo académico, un asunto importante para nuestra literatura. Algunos críticos habían negado la existencia del poeta del siglo XVII don Francisco de la Torre, atribuyendo sus composiciones á don Francisco de Quevedo, que no contento con inmortalizarse bajo un nombre, habria querido segun ellos, inmortalizar á dos. El señor Guerra, que ha escrito la biografía de Quevedo, restablecido sus obras purgándolas de multitud de errores tipográficos, y aclarado su sentido tan oscuro muchas veces, era sin duda la persona mas á propósito, por la naturaleza de los estudios á que ha tenido que entregarse, para fallar este punto de crítica. Hizolo con maestría, probando con mucha fuerza de lógica la imposibilidad de que fuesen pasto de un mismo ingenio las candorosas inspiraciones de la Torre, y las amargas sátiras del filósofo cortesano. De las obras de aquel dedujo por indicios clarísimos toda su biografía. La Torre nació en Torrelaguna; tuvo amores con una señorita de elevada clase, para merecerla y adquirir fortuna pasó á la Italia; á su vuelta la encontró casada con un caballero anciano; y por último, abrazó el estado eclesiástico.

El señor marqués de Molins encargado de contestar al nuevo académico, al mismo tiempo que convino en todas sus deducciones, trazó á grandes rasgos la historia de la musa lírica española desde los albores del renacimiento greco-romano.

Pocos días después de esta solemnidad, la Academia de la Historia daba igualmente posesión de la plaza de académico de número á don Carlos Ramon Fort, el cual leyó un discurso en que intentó bosquejar los efectos de la concordia entre la Iglesia y el Estado en la

época de la España goda. El señor Fort, examinando la naturaleza y facultades de los concilios de Toledo «en que la voz del sacerdocio parecia confundirse con la del imperio», disputó el título de *Córtés* aplicado por algunos de aquellos concilios, fundándose en que jamás asistió el pueblo á tales reuniones «á no ser para manifestar con aclamaciones su obediencia y profundo acatamiento á los autores de las leyes».

Contestóle el señor don José Amador de los Ríos, el cual, después de investigar la historia de las grandes luchas del catolicismo con el arrianismo en España, examinó los síntomas de decadencia del imperio visigodo, y encontró los primeros en el veto concedido á los obispos, respecto de la elección de los reyes. Con esto, dijo el señor Amador, «perdieron los visigodos su antigua independencia, otorgando á la raza vencida, la mas preciosa, la mas transcendental prerogativa de cuantas constituían sus privilegios.» Desde aquel momento, la dignidad del episcopado, que «tuvo en la humildad impenetrable escudo y en la caridad y la ciencia purísima aureola», fue ya considerada como una gerarquía política, y disputada por los próceres visigodos, hasta que ofreciéndose el fatalísimo ejemplo de Ultila y de Sisberto, que atentaron contra las vidas de los reyes, y profanaron las reliquias de los santos, «se hicieron posibles las impiedades de Sinderedo y la abominable traición de don Oppas».

Tenemos que dar una buena noticia á los anticuarios. Parece que las ruinas de Castulon, están siendo objeto de un detenido examen, hecho por persona competente é ilustrada, que se propone estudiar completamente aquellas ruinas por medio de excavaciones y otros trabajos. Castulon fue una de las ciudades mas importantes de España, fundada segun la opinion mas comun por una colonia siciliana no lejos de Baeza. No dudamos que si se examinan con cuidado estas ruinas, podrán descubrirse monumentos notables.

Entre tanto, las de la Puerta del Sol desaparecerán, habiéndose ya sancionado la ley para proceder inmediatamente á la ejecución de las obras. El gobierno ha nombrado director facultativo de estas obras, al ingeniero jefe, don Lucio del Valle, que tantas pruebas tiene dadas de saber é inteligencia en la construcción del canal de Lozoya, y ha dispuesto que desde luego comiencen las apropiaciones con arreglo á la ley de 17 de julio de 1836.

N. F. C.

Geroglífico.



158 + 99
366 - 86
564 × 164



SOLUCIÓN DEL ANTERIOR.

Antes que te cases mira lo que haces.

AVISO.

Los señores suscritores, cuyo abono concluye en este mes, se servirán renovar la suscripción si no quieren sufrir retraso.

DIRECTOR, D. J. GASPAS.

MADRID: IMPRENTA DE GASPAS Y ROIG, EDITORES, PRÍNCIPE, 4.